Juan Alberto Blanco Puentes*
(Pontificia Universidad Javeriana)
(Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca)

Una escalera al cielo de Mario Mendoza¹, o el eco del Hades

Con el texto *Una escalera al cielo* (2004), Mario Mendoza vuelve por el género del cuento, después de haber ganado el Premio Biblioteca Breve de Seix Barral con la novela *Satanás* (2002). Es un retorno a la narración breve e impactante pues ya había publicado *La travesía del vidente* (1997) con el cual ganó el Premio Nacional de Literatura del Instituto Distrital de Cultura y Turismo. Igualmente se ha de mencionar que antes de *Satanás*, publicó las novelas *La ciudad de los umbrales* (1994), *Scorpio City* (1998) y *Relato de un asesino* (2001).

El anterior es pues el corpus de obras de quien es catalogado como una de las figuras más representativas de la literatura actual no solo bogotana sino colombiana. Aún, sin olvidar el realismo mágico de Gabriel García Márquez, las letras actuales están regidas por nuevas intenciones. Una de ellas es la revertir a Bogotá en escenario literario. De tal suerte la ciudad toma un nuevo aire para alimentar el eco de sus voces, ajenas quizás, pero de cierta manera son las que surgen por generación espontánea en un caldo de cultivo que es la fuente de la literatura colombiana que asume con «nuevos» elementos el acceso al siglo XXI.

Una escalera al cielo está compuesta por catorce cuentos que nos permiten una visión panorámica de Bogotá desde múltiples focalizaciones y voces que con su eco

---

* Escritor y ensayista. Profesor de la Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca. Lector-evaluador de tesis de postgrado. Magister en Literatura Colombiana e Hispanoamericana de la Pontificia Universidad Javeriana y Licenciado en Lingüística y Literatura de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. E-mail: jabp7@hotmail.com

1 Mendoza Z., Mario (2004). *Una escalera al cielo*. Bogotá: Seix Barral

llevado a cuestras nos permite entrever una ciudad aparentemente apocalíptica no sólo por convertirse en escenario donde el fin parece minar el renacimiento de la ciudad que habitamos en medio de la fisura temporal que termina con el siglo XX y comienza con el siglo XXI. El tiempo se corrompe como quien guarda en el recuerdo sombras que habrán de ser enlazadas en el eco de sus lamentaciones, sus sufrimientos de adaptación a un espacio ajeno, pero único e irrepetible.

Un lenguaje depurado, mimético que llega incluso a prefigurar personajes y escenografías donde la naturaleza corpórea de las voces se hace tangible, palpable y de hecho se metamorfosea hasta revertir el discurso narratológico del autor que prefigura no el final de la ciudad sino su comienzo. Voces encontradas en un espacio determinado donde proliferan las intenciones malignas que terminan con movilizar al lector a través de la ciudad de su memoria. Una ciudad negada, olvidada, reprimida y sublimada a través de estereotipos culturales de una metrópoli que maquilla su identidad como si quisiera pasar desapercibida en el nuevo siglo.

Hablar de cada uno de los cuentos puede ser fragmentar el libro como si sus partes fueran ajenas a sí mismas, pero agrupar los cuentos por temática, visión de mundo, personajes y sucesos, o quizás, sea mejor armar el mapa de Bogotá que nos presenta el autor para hacernos a una nueva geografía, sea otra forma de revertir la modernidad urbana. Una ciudad anónima, de habitantes anónimos, de historias anónimas, pero no por ello ignoradas, desconocidas e insospechadas. Historias cortas que combinada entre sí escenifican una opereta de la vida citadina, con caracteres revestidos de humanidad para sentir el peso de la historia como una trama en la que todos tenemos algo que ver.

Una ciudad que sigue en el mismo lugar del mapa, pero que respira de otra manera, muchos años han pasado por sus calles...muchos personajes la han recorrido (nómadas) y hoy una multiplicidad perenne habita una ciudad que requiere de los cinco sentidos para ser entendida, comprendida en su gran variedad de significados, su gran posibilidad de narraciones lúcidas y oscuras como tratando de darle razón a la ciudad del eterno lagrimeo celestial. Un ciudad hecha escritura, palabras que caen como fracciones de tiempo que van reelaborando la ciudad. Una Bogotá en la que se concentra una Nación.

En la elaboración del mapa de la ciudad, Bogotá se revuelve entre sus miradas lejanas, atónitas y anónimas, pero es función del escritor convertirse en eco de esas voces para que el sentido de su existencia tenga valor. Bogotá como objeto de la escritura más que permitirnos revisar la ciudad es verla como se pasea incólume no sólo por los tiempo sino por las narraciones; desde el primer cuento *La fiesta* (9-26), recordamos: «*La historia comienza una tarde de enero de 1998. Los recortes de periódico que guardé muestra un atardecer grisáceo y lluvioso en un barrio del suroriente de Bogotá*» (11). Y vuelve al final de *Historia en la habitación 804* (27-48): «*La lluvia comenzó a golpear los ventanales. Allá, al otro lado del vidrio, por entre la niebla densa y húmeda, se adivinaba la turbia imagen de una ciu-*

dad gris» (48). Y podemos seguir con *El mago* (95-114), para quien «Aunque la ciudad estuviera enclavada en una meseta en medio de una gigantesca cordillera, le daba la sensación, sin embargo, de un puerto fúnebre a finales del otoño. Su brisa helada, sus lluvias regulares, su cielo plomizo y sus habitantes vestidos de colores sombríos le recordaban ciertos puertos ingleses en los primeros días de diciembre» (100-101).

En relación con los personajes podemos decir que en la escritura cromática de la ciudad confluyen personajes anónimos, perdidos en la selva infernal de Bogotá; es la ciudad de *La vorágine* (221-238), que además de evocar el texto de José Eustasio Rivera es la causa perfecta para contar una historia de fuga, como para entender el porqué la ciudad incuba en sus habitantes la necesidad de permanecer «atados» al mundo, un espacio donde un remolino impetuoso de voces cercena el oído de quien se atreve a entrever las sombras de la ciudad, en la que habitan los personajes de la ciudad nocturna en *Esta es tu noche* (75-93), y *La prueba* (137-154).

Personajes naturales se mezclan con personajes foráneos que por causas de su génesis ha terminado apocalípticamente en el Hades que es hoy Bogotá, un hades en el que fluyen, confluyen y refluyen voces lejanas con su propio eco, pues de que sirve una voz que no tiene eco. En relación con ello están inscritos los personajes de *El mago*, *El enigma* (169-196) y *El Bailarín* (239-249). Tres historias que rompen el límite entre el ser y la nada, entre el ego y la totalidad como si de repente mañana no fuera posible alcanzar el tiempo que la humanidad ha perdido por estar pensando en la posibilidad de desvanecerse en la escritura.

Capítulo aparte, pero constante en la ciudad de hoy, o en la Bogotá de hoy es la violencia con sus factores y agentes que van más allá de las estadísticas, llegando a convertirse en protagonista de una ciudad que desde lejos pareciera un pesebre en medio de la sabana, pero que en su interior casi somnoliento transitan personajes que nutren las historias de *La revolución* (113-136), *El asesino* (197-215) y *Cuento de navidad* (217-220). Otros tres espacios en los que el autor transita entre sombras como si recibiera el don de la ubicuidad para recoger voces que por ocultas, recrean el estado decadente de una sociedad corroída en su interior a costa de los intereses particulares de unos pocos.

Para terminar, tres cuentos con función autónoma como todos los demás, pero con un tinte quizás intencionalmente definido para el conjunto del texto: una historia de ambientación, donde el límite del espacio se rompe gracias a la visión proyectada a través de los cristales, que a su vez es la proyección de las voces de los personajes en diálogo continuo y constante hasta la despedida en *Edward Hopper: salón de belleza al atardecer* (49-60). Otra historia salida de la escritura es la presencia de *Leonardo Sinisterra* (155-168) en el cuanto que lleva su mismo nombre y que es un personaje «recargado» de la novela *Scorpio City*: el autor y el personaje en diálogo real, como si la ficción tomara corporeidad o como si la conciencia y la imaginación del escritor se revirtieran en eco. Y por último *Una escalera al cielo* (61-73), es el cuento que

además de dar nombre al libro es el nacimiento de la una ciudad del neogénesis, donde sus habitantes «*nunca serían el centro de nada, la atracción, el éxito, el motivo de orgullo, sino la periferia, el borde, el arduo camino, la frontera peligrosa donde la vida mide sus propios límites*» (73).

Límites convexos que cada vez prefiguran nuevos significados. Mario Mendoza prefigura una nueva ciudad, una escritura, un hades del que emanan, en infernal grito, ecos de voces. Voces de una ciudad utópica, de una ciudad infernal, de una ciudad-paraiso, de una ciudad nueva que quizás sea la segunda oportunidad que muchas generaciones están esperando sobre la tierra. Un topónimo que transgrede sus fronteras irreales y místicas entre límites naturales y etéreos. Un cielo gris que ambienta personajes del claroscuro de una ciudad sitiada por la palabra con su carga de significados llevada a cuestras como el diseño de los dioses de la ciudad contemporánea: el anonimato y el miedo.

Bogotá escrita y reescrita; vista como ciudad espacial y temporal que existe en la memoria de quien recorre sus calles como un neónomada vectorial, pues es a través de sus paralelos y meridianos (calles y carreras) por donde se transita a la caza de voces con historia y sin pasado; voces convertidas en detonantes de una crisis urbana que va más allá de la simple negación de la humanidad. Bogotá recorrida y transitada entre el día y la noche; entre el segundo, el minuto y la hora. Ciudad fragmentada, armada y reconstruida a través de la escritura como quien trata de entender los nuevos sentidos, como intersticios, que se requieren para conocer las nuevas fisuras de la ciudad. Bogotá sonora, con el eco de sus voces hilarantes cuyo destino es hacer del Hades un nuevo lugar para acceder a la nueva utopía: al nuevo siglo.